

—¡Antonia!—dijo Terral estrechándola en sus brazos.

—Esos son todos los recursos que me quedan. Después, no sé lo que haremos; pero yo no me asusto tan fácilmente, y aun cuando tuviésemos que comer pan duro, tengo buenos dientes..... ¿Quieres ir tú mismo á empeñar eso?

—¿Yo?..... no—dijo Terral después de vacilar un momento.

—Entonces, llamaré á *mamá Anais*.

Tiró del cordón de la campanilla y dijo á Constanza que avisara á la señora Labarbade.

Esta vino con su Adolfo, á quien ya había comprado un traje en un almacén de ropas hechas para reemplazar al uniforme del colegio.

—¿Qué me quieres?—preguntó *mamá Anais*.

—Toma—respondió Antonia, alargándole la alhajas—empeña eso, porque necesito dinero.

—¡Ah! ¿otra vez?

La señora Labarbade miró alternativamente á Antonia y á Fernando, que de pie junto á la chimenea hojeaba una novela.

—Vé pronto—dijo Antonia;—¿á qué esperas?

—¿Pero son tus últimas joyas?.....

—Te digo que vayas.

—Bueno, bueno—murmuró la señora Labarba-

de;—no es á mí á quien toca hacer observaciones..... ¡Ven, Adolfo!

Adolfo siguió á su madre, que salió encogiéndose de hombros y dijo adelantando el labio inferior:

—Esta chica está loca, y por el camino que lleva se va á quedar á pedir limosna. Afortunadamente yo he cuidado de nuestro porvenir, y lo demás no me importa nada.

—Y á mí tampoco—dijo el tierno Adolfo. . . .

No era ciertamente un noble sentimiento el que había impulsado á Antonia á sacrificar á Fernando Terral sus últimas joyas; la joven había obedecido á uno de esos primeros movimientos que tienen ciertas mujeres sin corazón, que recibirían sin derramar una sola lágrima la noticia de la muerte de su madre, y estarían en cambio llorando tres días la pérdida de una cotorra.

Antonia quería aparecer humilde y cariñosa para hacer olvidar á Terral que le había engañado, no porque le tuviese ya cariño, sino porque seguía temiéndole. El perro se arrastra hasta el momento en que se arroja sobre su presa. La joven no era bastante enérgica para atacar de frente; pero pen-

saba á menudo en romper su cadena y en huir, permaneciendo entretanto sonriente y cariñosa.

Fernando salió de su compromiso y pronto reparó esta pérdida.

Una noche en que Antonia iba á ir á un baile que daba Violeta, sintió por primera vez haberse desprendido de un aderezo de amatistas, por el cual tenía mucha preferencia.

—¡Qué tonta he sido!—dijo.—Al menos ese he debido conservarle.

Los acreedores llovían sobre ella, y esta existencia de engaños y trampas en medio del lujo la entusiasmaba. Todo aquello de que el Conde de Bruand la había rodeado, parecía huir poco á poco.

La señora Labarbade le predicaba sin cesar.

Vamos—le decía—es preciso que reflexiones. Me había propuesto no decirte nada; pero lo que haces es más fuerte que mis propósitos. Te veo resbalar hacia el precipicio, y no quiero dejar de darte la voz de alarma. Ya lo ves, desde que vives con ese maldito de Terral, que es un buen mozo, lo confieso, todo cuanto tenías va desapareciendo. Vive á tus expensas, te fastidia y dice que te adora. El amor es muy bonito, pero muy poco nutritivo. Y en resumen, ¿qué es lo que tanto te apa-

siona?..... Terral te hubiese abandonado si no hubieses tenido la debilidad de empeñar por él tus alhajas..... y en cuanto á tí, si fueses franca, confesarías que ya te vas cansando. Tiene la pretensión de ser amado sin hacer nada de su parte para merecerlo..... El Conde de Bruand se portaba contigo de otra manera. Se preocupaba por tus deseos, te colmaba de regalos y no era desagradable, añadiendo á todo esto el ser de una noble familia. Además con él eras libre, y ahora eres esclava como una negra, porque el tal Fernando es un celoso, un verdugo. Nunca me da los buenos días, y á mi Adolfo le tiró de las orejas brutalmente un día que sin querer el pobrecito le dió un pisotón. En tu caso, querida mía, le enviaría á paseo y viviría á mi gusto, teniendo un *esposo* que no me dejase carecer de nada, y á quien taparía habilidosamente los ojos para que no pudiera ver las pequeñas *distracciones* con que haría grata mi existencia. Eres actriz, bonita, envidiada, y vives con ese pobretón como si fueses su mujer, siéndole fiel como una tonta. Yo, en lugar de coleccionar los billetes amorosos que recibiera, respondería á ellos, pues París está lleno de gentes que no saben dónde gastar su dinero..... Vamos, ¿no tengo razón, dí?..... Te quedas pensativa y no tienes va-

lor para hacer lo que te digo. Decidete á enviarle á paseo, y cuando no tengas ya á Terral cosido á tus faldas, verás cómo no te faltan los aderezos de amatistas.

—Lo pensaré—dijo la joven.

Pero á pesar de estar hastiada de Terral y ávida de libertad, no se atrevía á hacer ningún movimiento para romper su cadena. No estaba verdaderamente satisfecha, alegre y contenta, más que en el teatro, entre las historietas de bastidores y las bromas de sus compañeros. No era el arte lo que ella amaba, pues ni aun le comprendía; era la gracia del oficio, las mil hablillas del teatro, el placer de humillar á una rival ó de estrenar un vestido. Era muy insolente y muy perezosa; á lo mejor no estudiaba los papeles, obediendo á su capricho, y una noche tuvieron que reemplazarla por otra.

En el momento de levantar el telón, Antonia no había llegado aún al teatro.

El avisador salió á decir al público que la señorita Antonia había faltado á todos sus compromisos. El público de los pisos superiores silbó, y el de los inferiores aplaudió.

Durante este tiempo, Antonieta, olvidando el teatro, olvidando su papel y olvidando á Terral,

cenaba con unos ingleses en el pabellón de Arme-nouville.

Desde aquel día la joven empezó á desafiar descaradamente á Fernando y á desunirse de él cada vez más. En cuanto á él, ya no parecía el mismo de antes. Estaba sombrío, inquieto, y su audacia le había abandonado. La fortuna le había vuelto la espalda. Hasta entonces Terral había caminado como por un terreno seco en el que hacía resonar orgullosamente sus tacones; pero ahora el terreno se había vuelto fangoso, y cada nuevo esfuerzo que hacía para avanzar le hundía más y más en aquel pantano. Jugaba y perdía; sus operaciones de Bolsa, perfectamente combinadas, se desbarataban ante incidentes imprevistos; había perdido aquel golpe de vista que penetraba los hombres y las cosas, y se equivocaba, ó más bien, el furor causado por sus derrotas, y la rabia, le cegaban.

Se ocupaba poco de Antonia, y si no la dejaba era porque la costumbre le encadenaba á ella. Además, en todo París no quedaba más que un ser que le sonriese todavía. ¡Sonrisa de comedia, bien lo sabía! pero sonrisa al fin.

Se veían rara vez. ¿Acaso Terral tenía tiempo de ver á nadie? Pasaba las noches enteras jugando pequeñas sumas recogidas aquí y allá. Cuando por

casualidad ganaba, levantaba la cabeza; pero volvía á perder en seguida, y sus ojos volvían á mirar al suelo.

Caminaba á una ruina cierta, y oía y veía que todos los que antes se llamaban sus amigos le despreciaban ahora.

—¡Ah!—decía Fernando—es necesario hacerse fuerte y resistir hasta que encuentre la piedra filosofal del juego.

Antonia no sospechaba lo que el joven sufría; pero al verle nervioso, irritado y triste, *le encontraba fastidioso*. Muchas veces se negaba á recibirle, haciéndole bajar con la muerte en el corazón aquella escalera que tantas veces había subido lleno de orgullo.

—Después de todo, ¿qué me importa?—decía; —lo único que debe preocuparme es mi suerte.

Había sofocado aquel amor que le había herido un momento, y vencido aquellos celos que tan ridículo le hacían á sus propios ojos.

Por lo demás, mucho le hubiese dado que hacer el vigilar á Antonia, porque ésta hacía una vida agitadaísima y se había emancipado por completo de la fascinación que él la hacía sufrir.

Desde que ya no le consideraba invencible como antes, no le temía ni le amaba, deseando que lle-

gase el momento de *terminar con él* y de crearse una posición, según los consejos de la señora Labarbade.

Para conseguir esto, Antonia no tenía más que querer, y quiso.

Desde entonces no volvió á estar visible en su casa para Fernando. Le daba raras citas, durante las cuales estaba inquieta y deseando escapar. Terral por su gusto hubiese roto inmediatamente aquellas relaciones; pero era ella, ella, la que guardaba todavía una especie de hipócrita apariencia y no quería confesar que todo había acabado.

La joven era verdaderamente dichosa al encontrarse libre y enloquecida por una vida de continuos placeres. No había cena completa sin la presencia de Antonia, ni fiesta en el *demi monde* sin la hija del padre Labarbade.

Era entre todas la más risueña, la más loca y hasta llegó á tener ingenio, citándose sus gracias en los periódicos de teatros.

Parecía de hierro. Pasaba la noche en pie, el día representando, ensayando y aprendiendo sus papeles en el baño; almorzando en un sitio, comiendo en otro, corriendo al teatro y recibiendo á sus amigos, y todo esto diariamente, sin descansar ni un minuto.

La vida hubiese sido para ella cien veces más dulce y más tranquila, casada allá en Samoreau, trabajando, cantando y durmiendo con el sueño pacífico de la mujer honrada; pero había preferido como otras muchas condenarse á perpetuidad á la agitación parisién y arrastrar sus grillos, que no por ser dorados dejaban de pesar.

Sin embargo, Antonia los arrastraba con cajadas de una alegría epiléptica, y cuando los sentía en sus piés (lo cual sucedía pocas veces, pues no reflexionaba nunca), ¡oh, entonces los sumergía en champagne!

IX.

Era un día de carreras de caballos, en las que se inauguraba el *turf* de Vincennes. El tranquilo barrio de San Antonio vió llegar, con asombro, aquellos elegantes carruajes y aquellas mujeres engalanadas con el más refinado de los lujos, que pasaban muellemente recostadas en sus victorias, mirando con curiosidad las muestras de que profusamente estaban adornadas las fachadas de las casas, y en las cuales se leían los nombres de los ebanistas, zapateros, albañiles y obreros, que eran las pobres gentes que ocupaban aquel barrio.

Sonreían al pasar. Se las veía examinar con aire curioso los arroyos del barrio, como si nunca los hubiesen visto.

Los hombres que estaban en paseo con sus mujeres y niños, no sabían qué pensar, y miraban con recelo aquella inundación de seda y lujo.

Tenían miedo.

Las jóvenes que hacía una hora se habían peinado alegremente delante de un espejo de veinte céntimos, se veían acometidas por el deseo de brillar y tener hermosos trajes.

Los carruajes que van á las carreras abandonan después el barrio y entran en un boulevard.

El hipódromo es grande y hermoso. Sus tribunas estaban aquel día completamente llenas de espectadores. Las mujeres subían á ellas riendo y ostentando preciosos trajes de colores claros. Gentiles que no se han visto desde las carreras anteriores se reconocen. Las elegantes, en coche descubierto, recogen á derecha é izquierda saludos y sonrisas, distribuyendo apretones de manos.

Cuando los *jockeys* parten, un gran estremecimiento agita la multitud, y por todas partes se oyen gritos cuando se iza la bandera que indica el color del vencedor. Los sombreros se agitan, se oyen hurras; pero este entusiasmo hípico no es

más que una parodia de las carreras inglesas. Las carreras de caballos están de moda, como lo estarán mañana tal vez las corridas de toros. Si esto llega á suceder, se verá nacer una raza de aficionados, como se ha visto otra de *gentlemen riders*. Todo viene á ser lo mismo. Pretexto para diversión y ruido, para destapar botellas de champagne y para cambiar saludos con las *cocottes* á la moda.

Antonia había llevado con ella á Flora Hardy, una de sus compañeras de teatro. La pobre Flora servía de acompañante á su amiga, y veía á los gomosos asaltar el coche de Antonia para dirigirle frases apasionadas y bromas más que equívocas, muy celebradas por los que las decían y por la que las recibía.

Flora, al ver que nadie se ocupaba de ella y el triste papel que hacía, sentía haber ido.

Antonietta, apoyada en los almohadones de su coche, respondía á todos, coqueteaba y enseñaba sus dientes blancos y sus pequeñas y enguantadas manos, respirando de cuando en cuando un gran ramo de violetas del polo que tenía sobre sus rodillas. A su lado las burlas femeninas cruzaban el espacio como dardos envenenados.

—Mirad á Antonia. ¡Tiene muchos adoradores!

—¡Pobrecilla! Bien hace en gozar de lo poco

que le queda. ¡Se marchita á pasos agigantados!

—Sí, pero lo paga el blanquete.

—¿Os parece hermosa aún?

—Nunca me lo ha parecido.

Y mientras sonreía así en medio de su lujo, como si tuviera el cielo dentro del corazón, Antonietta pensaba que al día siguiente la citarían ante el juez sus acreedores.

La joven estaba muy comprometida. Debía mucho, y, como ella decía, su unión con Terral *la tenía muy atrasada*. Suspiraba pensando en el tiempo perdido, y después se encogía de hombros al contemplar su imagen en el espejo.

—Aun soy bastante joven para repararlo todo—decía.

—Pues sírvate de regla para el porvenir—replacaba la señora Labarbade.

Una noche tuvieron un consejo de familia mientras tomaban una taza de té que *mamá Anais* mezclaba en abundancia con *curaçao*.

La casa no marchaba. Tenían muchos acreedores, entre los cuales estaban el carnicero, el panadero y el carbonero. Los criados, al verse también mal pagados, se hacían insolentes y decían que no querían servir más en tales condiciones.

Antonia recibía todas las noches un magnífico

ramo de rosas blancas con una magnífica camelia en el centro. A veces acompañaba al ramo una carta, otras una tarjeta escrita con lápiz y que llevaba el timbre de Raul de Navaille. Los sobres de todos los billetes tenían una corona de conde grabada con tinta azul. La joven no conocía aquel título, pero sí al que le poseía.

El señor de Navaille era desde hacía bastante tiempo uno de los más asiduos concurrentes al Vaudeville. Se le solía ver allí vestido con gran exageración, la camelia de rigor en el ojal y los codos apoyados sobre el rojo terciopelo del palco. Era delgado, pálido, de aire aburrido: llevaba bigote, y los cabellos separados por el centro de la cabeza dejaban una raya blanca y recta. Tenía toda la elegancia propia del joven exagerado y excéntrico que pasa la vida bostezando y gasta parte de su juventud como si ésta fuera cosa embarazosa ó inútil.

Desde el principio Antonia le encontró á su gusto por la sencilla razón de figurarse que tenía dinero.

Fué á casa de Violeta y se informó sobre este punto.

—¡Cómo!— le dijo su amiga—¿no conoces á Navaille, al joven Raul, al que Olivier Renaud

llama Raul d'Anjou?.... pero tu Terral te ha tenido enterrada en vida, hija mía. Es preciso que te rehagas, pues ya no estás en las mismas condiciones y eres libre.

—Tienes razón; pero, en fin, el caso es que no le conozco. ¿Qué clase de hombre es?

—Un hombre encantador y generoso como un príncipe. Él es quien ha puesto de moda los cuellos *carcans*, y desde entonces se llamaron cuellos *Navaille*. ¿No sabías eso?

—No—dijo Antonia, que se había quedado pensativa.

—Y es muy rico—añadió Violeta.—Todo lo que se llama un buen partido.

Por la noche, al entrar en el teatro, Antonia dijo á la portera:

—Si viene el caballero de todas las noches á traer el ramo, me haréis el favor de entregarle este billete.

—No es un caballero el que viene—respondió la portera—sino un lacayo con magnífica librea.

—Pues bien, entregádselo al lacayo.

El billete hacía saber al señor Conde de Navaille que la señorita Antonia consentía en recibirle al día siguiente por la tarde.

Raul de Navaille no pareció por el teatro aquella noche, pero Antonia supo que el lacayo se había llevado el billete. La joven se puso *en guardia* al día siguiente, y faltó al ensayo por recibir al Conde de Navaille.

De repente sonó un campanillazo. Antonia se miró en el espejo, arregló sus hermosos y negros cabellos y se tendió en un diván.

La puerta se abrió bruscamente y apareció la señora Labarbade.

—Ahí está tu Fernando—exclamó precipitadamente;—¿le despido?

—¿Y por qué?—murmuró Fernando con ironía por encima del hombro de *mamá Anais*;—¿os estorbo acaso?

Esta se volvió asustada; después quiso responder, pero una altiva mirada de Fernando la detuvo.

Por fin se retiró gruñendo y haciendo á Antonia señas de inteligencia por detrás de Terral.

La joven no se había levantado de su diván y permanecía allí con aire de mal humor y sin decir una palabra.

—¿Qué es esto?—dijo Terral;—¿no me esperabas y te estorbo? No será ciertamente por lo mucho que piso tu casa. Comprendo..... el pasado es des-

agradable y yo represento el pasado..... Vamos, sé franca; mi presencia te incomoda.....

El rostro de Terral estaba pálido, y sus ojos brillaban de una manera extraña.

Le parecía que tenía fiebre.

Sus sienes latían y sus manos abrasaban. Toda la noche precedente la había pasado jugando y perdiendo sin cesar.

—¿Esperas á alguien?—exclamó bruscamente, deteniéndose de repente delante de Antonia.

—Sí—dijo la joven sonriendo.

Terral se puso pálido, retrocedió ligeramente y dijo:

—¡Está bien!

Y se dirigió á la puerta.

—¿Te vas?—dijo Antonia.

—Sí.

—¿Sin abrazarme?

—¡Oh!—dijo Terral;—basta de comedia. Ya sé que estás harta de mí, y si he venido ha sido por seguir una costumbre tonta..... pero no temas..... esta visita será la última.....

—Fernando.....—dijo Antonia levantándose y yendo hacia él—¡Fernando!

—¿Qué?

—No te vayas enfadado. ¿Por qué, puesto que

tenemos que separarnos, no ha de ser quedando muy amigos?

—¡Es natural!—dijo Terral con amargura.—Aquí está mi mano.

—Ya sabes cuanto te he amado—dijo la joven.

—Es posible.

—¿No me crees?.... Escucha, aun te amo, si, te amo.... ¿pero qué quieres? He nacido para vivir en el lujo y no puedo pasarme sin él.... Prefiero morir joven, extenuada, física, y haber tenido de todo, coches, caballos, brillantes.... Tú me lo has dado hasta aquí; pero ahora no puedes seguir proporcionándomelo, y tengo que buscarlo en otra parte. No me acuses, porque no consiste en mí; pero si tú quisieras, si tú quisieras, podrías participar de esta vida.... tendrías tu parte.... Me ocultaría, como en otro tiempo, para amarte, y seríamos felices.

—¡Estás loca!—dijo Terral rechazándola—te engañas á tí misma. Mañana ú otro día pensarías en dejarme, como pensabas hace un momento; ¿y cómo crees que yo había de conformarme con ese convenio? Muy bajo he caído, pero aún no soy de esos. La lucha, sí, la lucha á mano armada contra todo y contra todos; pero no la vida odiosa del que va detrás de una mujer recogiendo las migajas de

un pan mal ganado.... No sabes lo que me has propuesto, ni puedes comprender lo que encierra; pero llegaría un día en que todo me lo echarías en cara y en que yo enrojecería de vergüenza por haber aceptado, pues creo que soy tan imbécil que aun puedo enrojecer.

—¡Qué tonto!—exclamó Antonia entre sonriente y ofendida.—Si supieses....

Un campanillazo cortó la frase que Antonia iba á pronunciar.

La joven se estremeció.

—¿Es él?—preguntó Terral fríamente.

Antonia no respondió.

—No quisiera encontrarle—murmuró Terral, cuya voz temblaba.

Antonia, sin decir una palabra, se dirigió á una puerta que daba á la escalera de servicio y la abrió resueltamente.

—¿Volverás?—dijo.

—Nunca—contestó Terral.

Antonia cerró la puerta y murmuró dando un suspiro:

—Después de todo, prefiero esto. Es mucho más sencillo.

Y tomó un aire sonriente para recibir al Conde de Navaille.

Cuando Fernando llegó á la calle, se detuvo un momento bajo las ventanas de casa de Antonia y miró las cortinas de guipure, las cortinas de aquella habitación donde tantas veces se había despertado antes que ella y la había contemplado durmiendo.

Permaneció así contemplando aquellas ventanas, hasta que vió á su lado al cochero de un lujoso cupé que le miraba desde lo alto del pescante. Aquel cupé llevaba las cifras R. N. enlazadas bajo una corona de conde. Terral adivinó y se alejó, desechando el súbito enternecimiento que le había asaltado. Al doblar la esquina de la calle vió pasar en un coche descubierto á un joven que le saludó con la mano é iba acompañado de una mujer muy pintada.

—¡Adiós, querido!

Era Adolfo, Adolfito, que se dirigía al bosque de Bolonia.

—¡Ya! ¡tan pronto! — pensó Fernando.

Y encogiéndose de hombros, continuó su camino sin volver á acordarse de Antonia y viendo sólo el terrible fantasma que se levantaba ante él.
!La miseria!

El Conde Raul de Navaille era el heredero de una familia ilustre. La historia de los Navaille

está escrita con letras de sangre y oro en los anales de la Auvernia. Gontran Raul Humberto, Conde de Navaille y Señor de Iprevard, fué uno de los compañeros de aquel Espinchal cuya historia cuenta Flechier. Escapó por casualidad á las justicias de los Días Gloriosos, y refugiado en la corte de Saboya pudo obtener indulto y justificarse ante el Parlamento de París.

Murió viejo, dejando un hijo que había abrazado, á pesar de sus consejos, la carrera militar. Éste fué el padre de Raul de Navaille.

El nombre de Carlos de Navaille, padre de Raul, se hubiera hecho ilustre al lado de los nombres de esos generales africanos Lamoricière, Changarnier, Bedeau y Cavaignac; pero una herida bastante grave puso al Conde, joven todavía y pudiendo esperar toda clase de honores, fuera del servicio militar. Hubiera podido bajo el reinado de Luis Felipe aspirar á otros favores, y los políticos creyeron que le elevarían á la dignidad de Par; pero no fué así, porque el Conde no era muy querido en Palacio.

Sus últimas palabras al morir habían sido éstas:

—Al menos he dejado intacto el viejo blasón de mis abuelos y, como ellos, un hijo para heredero.

Aquel hijo, último retoño de la raza, era el amable Raul, célebre en las carreras é ilustre en el café Inglés. El hijo del valiente militar no faltaba á ninguna fiesta de las que tiene París. Estaba en todas partes sin distraerse en ninguna, buscando una emoción, una distracción, un estremecimiento. Se había compuesto un lenguaje, mezcla de inglés de caballerizas y de francés de bastidores. Su trivialidad de lenguaje contrastaba con su correcta actitud.

Tal era el hombre á quien Antonia había prometido adorar.

—Querida amiga—dijo un día á la joven—¿no hay un medio para que envíes al diablo tu teatro? No se tiene libertad á ninguna hora, ya por el ensayo, ya por la representación. Y si te diesen papeles dignos de tí, todavía se podrá tolerar; pero esos papelillos.....

—Es bastante fastidioso. Figúrate que ya me han retirado el papel de Reina de las aguas en la zarzuela que se está ensayando, y me han dado el de Lluvia, que es horrible..... ¡Ah, con qué gusto les dejaría plantados si pudiera!

—¿Cuándo se estrena esa zarzuela?

—El lunes.

—¿Y qué es hoy?

Jueves.

—Pues dejáelos y vente conmigo á los baños á Tronville.

—Mucho me alegraría de poder ir, pues aun no he visto el mar.

—Entonces, envía á paseo á tu empresario.

—¿Quieres hacer una cosa? —dijo Antonia.— Esperemos al sábado que es el ensayo general, y les dejo plantados á lo último. ¡Eso sí que estará gracioso!

—Como quieras —dijo Raul.

El sábado, ante el público del ensayo general, que es poco más ó menos el mismo de las primeras representaciones, se alzó el telón de la zarzuela en que Antonia tenía el papel de Lluvia.

El director de orquesta levantó la batuta, y los músicos empezaron á tocar los primeros compases del rondó de la Lluvia.

Pero la Lluvia no salía.

Los actores se miraban unos á otros, y algunos fueron á ver lo que ocurría.

—¿Pero y Antonia?—dijo el empresario.

—¡Señorita Antonia!—gritaba el avisador.

—¡Que se hagan rogativas para que llueva!— exclamó Olivier Renaud, el periodista.

A lo cual respondió Pablo Duchemin:

—Este año va á subir el pan.

En la escena todo era ruido y barullo. De repente se notó un gran movimiento de satisfacción. ¡Por fin salía Antonia!

Vestía un traje muy corto, con cuerpo de seda verde musgo, y estaba adornada con un magnífico aderezo de brillantes. Se adelantó hacia las candelas y empezó su rondó.

—¡No colocáis bien la letra!—dijo el director.—Parece que sobra una sílaba del verso.

Antonia hizo una mueca desdeñosa y lanzó un suspiro, volviendo la espalda al director de escena.

El empresario pareció contrariado y se atrevió á hacer una observación.

El director de escena se había aproximado á Antonia con el libreto en la mano, y la explicaba cómo había de colocar la letra, sin que ella hiciese caso.

—No extrañéis que no sepa mi papel—dijo Antonia—porque no me he ocupado en estudiarle.

—Pues habéis faltado á vuestra obligación—dijo el empresario desde su palco.

Antonia no contestó, y volviendo la espalda se metió entre bastidores. El director de escena salió detrás de ella como una flecha.

—Señorita—la dijo—es necesario que ensayéis con formalidad ó que lo dejéis. ¿Os estáis burlando de nosotros?

—No—dijo Antonia;—pero sí del papel, el cual me niego á hacer rotundamente.... ¡Adiós!

—¿Dónde váis?

—A desnudarme.

Al día siguiente la contrata estaba rota y Antonia partía á Trouville con el Conde de Navaille.

No había visto nunca el mar, y al verle dijo:

—¡Bah! ¿no es más que esto? Pues es igual al Sena en Samoreau.

Antonia se distrajo el primer día que estuvo en Trouville yendo á buscar la ola que venía á morir en la arena y humedecía la punta de sus botitas. Estrenaba tres ó cuatro trajes por día, y coqueteaba con su nuevo amante, que no volvía la cabeza por no desarreglar uno solo de sus cabellos. La playa le interesó un día ó dos, pero luego la aburríó. Por la noche iba al concierto y allí se aburría también. Por fin salieron de Trouville, volvieron á París, y sin detenerse casi partieron para Baden-Baden. ¡El paraíso de los locos!

Durante este tiempo la señora Labarbade transformaba dulcemente su géaero de vida. Había ido

un día á casa de un fotógrafo, pues tenía ganas de hacerse un buen retrato. En la puerta de entrada de la casa habitada por el fotógrafo se leía: *Fotografía de la Estrella de Rabo. Se garantiza el parecido.* El fotógrafo, que era un oficial del taller de Bouguereau, se la echaba de gracioso, y simpatizó mucho con *mamá Anais*.

—Sois todo lo que se llama un fotógrafo que sabe distraer á sus parroquianos. Os enviaré á mis amigos.

—Os agradecería mucho más—respondió el fotógrafo—que vinieseis vos misma más á menudo.

—¿De veras?

—Os lo aseguro.

La señora Labarbade estaba entusiasmada, y aspiraba aquel incienso con una sonrisa olímpica.

Cuando se alejó, dirigió al fotógrafo una mirada que éste no debió olvidar.

La señora Labarbade supo que se llamaba Fermin Monsechard.

—¡Fermin! ¡Qué bonito nombre!—decía hablando sola.—¡Fermin!...

Aquel Monsechard, con sus veintiocho años y sus largos y abundantes cabellos, la había entusiasmado, y hasta pensó en casarse con él.

Mamá Anais estaba sobre una pendiente resbaladiza, pues Fermin Montechard no se apartaba de su imaginación. Volvió á ver la prueba negativa sobre la placa, después la prueba ya en papel secándose en el taller, y por fin el retrato ya terminado. La señora Labarbade no era lo suficientemente estóica para resistir á los halagos, ni bastante virtuosa para dominar las flaquezas de la carne; así es que mientras Antonia probaba fortuna en Baden, acompañada por Raul de Navaille, *mamá Anais* cedía á las seducciones del fotógrafo y se gastaba con él dos mil francos, pues Montechard era *insinuante*, ¡y el negocio de la fotografía iba tan mal!

Baden era el país soñado por Antonia. Aquella pequeña y bonita población, en que el placer es el rey y la fantasía se halla halagada y excitada por mil impresiones, hacía sus delicias. El ruido del oro chocando sobre el tapete verde, los paseos en la alameda de abetos, las carreras, los conciertos, todo la seducía. Además estaba allí medio París, y saludaba en una hora á casi todos sus amigos. Le parecía que no había abandonado la calle de Tatbou, pues, como si continuara en ella, veía á menudo á Olivier Renand, á Violeta, á Barberino y á otros de sus conocidos.

Un día vió á Gontran de Rives, y dirigiéndose á él, le dijo:

—¿Qué hacéis por aquí?

—¿Yo?... aburrirme. He venido á tomar aires á este sitio, como podía haber ido á otra parte — le respondió el señor de Rives.

—No creí que estuvierais tan aburrido.

—Más lo estoy aún de lo que os figuráis. Pienso casarme. ¡Ya veis si estaré aburrido! Además, ¡me gustan tanto los niños! Deseo que os encontréis uno debajo de una col. ¡Adiós, y buena suerte!

—¡Ese Rives es tonto!

—Esa es mi opinión—dijo el Conde de Navaille.

Aquella noche Antonieta ganó diez mil francos en la mesa de juego.

La joven era completamente dichosa haciendo aquella vida de continuo movimiento, luciendo siempre magníficos vestidos y riquísimas alhajas. ¡Cuántas envidias se despertaban á su paso! Había llegado á amar á Raul de Navaille, como amó algún tiempo al Conde de Brnaud, por los triunfos que la proporcionaba. Ella era la reina de los paseos y de los teatros, la más envidiada, la más festejada, la más querida. La joven pensa-

ba entonces en su infancia, en su padre asfixiándose sobre las hornillas, en la virtuosa Victoria que la había recogido á su llegada á París, en José y en aquel hogar honrado de que había huído.

—¡Y habrá gentes—decía—que encuentren la dicha en la virtud! ¡qué estúpidos!

La desgraciada los compadecía.

X.

El orgullo de Terral se había rebelado ante la idea de recibir dinero de Antonieta. Era uno de esos seres que sueñan con el crimen, pero que retroceden ante la vergüenza, y que antes se manchan de sangre que de lodo.

Volvió á su casa abatido. Había vendido todo cuanto podía vender: cuadros, bronce, espejos. Sólo le quedaban su lecho, una mesa y algunas sillas. La vista de aquella pobreza oprimía el corazón de Terral. Si llamaban á la puerta, no abría. No quería que le sorprendieran allí pobre, miserable, desvalido..... ¡Qué vergüenza!

Fernando se dejó caer en la cama.

—Extraña mujer—pensaba.—No me ama, y